

# El Presente

Estudios sobre la cultura sefardí

La cultura Judeo-Española  
del Norte de Marruecos

Editores: *Tamar Alexander • Yaakov Bentolila*

El Presente, vol. 2, diciembre de 2008



Universidad Ben-Gurion del Negev



Sentro Moshe David Gaon  
de Kultura Djudeo-Espanyola

# Índice

<b>Prólogo</b>	1
<b><i>Historia:</i></b>	9
<b>Yom Tov Assis</b>	
The Jews of the Maghreb and Sepharad: A Case Study of Inter-Communal Cultural Relations through the Ages	11
<b>María José Cano, Beatriz Molina y Elena Mironesko</b>	
La visión de la alteridad entre judíos, cristianos y musulmanes en los libros de viajes y las crónicas: El caso de Marruecos según las Crónicas de Expulsión hispano-hebreas	31
<b>Gérard Nahon</b>	
Tetuán, Alcázar y Mequines frente al “Mesías” José ben Sur: la opción entre <i>Turkya</i> y <i>Frankya</i> (1675)	53
<b>Pablo Martín Asuero</b>	
El encuentro de los españoles con los sefardíes de Marruecos a la luz de Pedro de Alarcón	67
<b>Aldina Quintana</b>	
El <i>Mellah</i> de Tetuán (1860) en <i>Aita Tettauen</i> (1905) de Benito Pérez Galdós: Cambios de actitud frente a los estereotipos antisemitas en la España de la Restauración	81
<b>Alisa Meyuhas Ginio</b>	
El encuentro del senador español Dr. Ángel Pulido Fernández con los judíos del Norte de Marruecos	111
<b>Rena Molho</b>	
The Moral Values of the Alliance Israélite Universelle and their Impact on the Jewish School World of Salonika and Morocco	127
<b>Gila Hadar</b>	
Gender Representation on the Dark Side of <i>Qidushin</i> : Between North Morocco and the Balkans (Monastir)	139

<b><i>Lingüística:</i></b>	157
<b>Yaakov Bentolila</b>	
La lengua común (coiné) judeo-española entre el Este y el Oeste	159
<b>David Bunis</b>	
The Differential Impact of Arabic on <i>Ḥaketía</i> and Turkish on Judezmo	177
<b>Cyril Aslanov</b>	
La haquetía entre hispanidad y aloglotismo: divergencia y convergencia	209
<b>Ora (Rodrigue) Schwarzwald</b>	
Between East and West: Differences between Ottoman and North African Judeo-Spanish <i>Haggadot</i>	223
<b>Isaac Benabu</b>	
Jewish Languages and Life after Death: Traces of <i>Ḥaketía</i> among the Jews of Gibraltar	243
<b><i>Literatura, folclore y música:</i></b>	253
<b>Paloma Díaz-Mas</b>	
Las mujeres sefardíes del Norte de Marruecos en el ocaso de la tradición oral	255
<b>Oro Anahory-Librowicz</b>	
La imagen del musulmán y del cristiano a través de la narrativa popular sefardí de la zona norte de Marruecos	267
<b>Nina Pinto-Abecasis</b>	
El entramado de las relaciones entre las comunidades judías del Marruecos español en el espejo del chiste y el mote	283
<b>Susana Weich-Shahak</b>	
<i>Me vaya kapará</i> – La haketía en el repertorio musical sefardí	291
<b>Lista de colaboradores</b>	301

## El encuentro de los españoles con los sefardíes de Marruecos a la luz de Pedro de Alarcón

Pablo Martín Asuero  
Instituto Gervantes de Damasco

### Vida y obra de Alarcón

Pedro Antonio de Alarcón y Ariza es uno de los escritores españoles más importantes de la segunda mitad del siglo XIX. Nació en Guadix, Granada, en 1833 en el seno de una familia de clase media, lo cual le permitió estudiar leyes; sin embargo los reveses económicos de su padre le obligaron a dejar esta escuela y continuar los estudios en el seminario de Granada. A los 20 años abandonó el seminario y se instaló en Madrid, donde entró en contacto con los intelectuales de la capital, como los escritores Espronceda, Núñez de Arce o Ruiz de Olano. Más tarde se dedicó al periodismo, haciéndose cargo del diario de tendencia antimonárquica y liberal *El Látigo*. Alarcón militó en las filas de la Unión Liberal y, como muchos otros, fue moderándose y haciendo más conservador e incluso neocatólico a medida que iba envejeciendo. Su actividad política le condujo al destierro en París en 1866; en 1874 fue elegido diputado, un año más tarde ingresó en la Real Academia de la Lengua y falleció en Madrid en 1891.

El protagonista de esta ponencia combinó el periodismo con la crónica de guerra, la literatura de viajes, la novela y el cuento dentro del realismo. Así, tenemos su testimonio de la Guerra de África de 1859-1860, un año más tarde *De Madrid a Nápoles*, *La Alpujarra* en 1873, donde recorre las montañas de su Granada natal o los *Viajes por España*, editado en 1883. Fue gracias a la literatura de viajes que se dio a conocer con su *Diario de la guerra de África*. Los 50.000 ejemplares de la primera edición se agotaron rápidamente en el marco de la ola de patriotismo que sacudía a España tras los éxitos militares en Marruecos y que le supuso embolsarse la nada despreciable cifra de cuatro millones de reales por las ventas de este libro. Su obra

más importante es *El sombrero de tres picos*, una historia familiar ambientada en Andalucía a principios del siglo XIX.<sup>1</sup>

## **España y la Guerra de África**

La primera mitad del siglo XIX es una de las épocas con más actividad bélica en la historia de la España contemporánea. Así, los militares tomaron las armas en la Guerra de Independencia de 1808-1814, en la que se consiguió rechazar la invasión francesa con la ayuda de las tropas inglesas. Poco después continuaron con la sublevación de las colonias de ultramar, una situación crítica desde la proclamación de la Independencia en Argentina en 1816 y las campañas de los ejércitos liderados por San Martín, Bolívar, Sucre y O'Higgins que reducen el imperio español en América a Cuba y Puerto Rico en 1830. Por si fuera poco, en la Península Ibérica las tensiones entre liberales y conservadores hacen que estalle la Primera Guerra Carlista en 1833, la cual durará siete años y volverá a tener lugar en 1872. Para colmo de males, si bien la Europa Liberal reconocía a Isabel II como reina de España, las potencias más conservadoras como Austria, los Estados Pontificios, Prusia o Rusia tomaron partido por Don Carlos. Como se puede observar, en el primer tercio del siglo se producen invasiones, sublevaciones y una dolorosa guerra civil que dejó al país arruinado y apartado de la política internacional por la cuestión dinástica.

En este contexto se entiende que el prestigio de los militares no estaba en uno de sus mejores momentos y que eran necesarias una serie de victorias para recuperarlo a los ojos de la sociedad española. La ocasión se presentó en 1859, a causa de un conflicto de delimitación del territorio de Ceuta. Gran Bretaña, contraria a la presencia española en Tánger, es decir, frente a Gibraltar, controlando la parte sur del estrecho, intentó evitar la guerra sin resultados. Así, lo que en un principio fue una expedición punitiva desde Ceuta se convirtió en la ocupación de Tetuán y eventualmente en la de Tánger. Las tropas, unos 100.000 hombres, tuvieron a su frente al general Leopoldo O'Donnell, jefe de gobierno desde 1858, y contaron con el apoyo del resto de los partidos políticos y hasta de la propia Reina. Hay que tener en cuenta que pocas décadas antes Francia había ocupado Argelia y se preparaba la ofensiva al Imperio

1 Carlos García Romeral Pérez, *Bio-bibliografía de viajeros españoles (Siglo XIX)*, Ollero & Ramos, Madrid 1995, pp. 33-34.

Otomano. La guerra de África contó con la flor y nata de la milicia española, como los generales Echagüe o Prim. Esta contienda fue seguida muy de cerca por los lectores españoles a través de la prensa, ya que los principales diarios españoles enviaron a sus corresponsales y hubo muchos militares y periodistas que dejaron constancia de ello con sus testimonios.<sup>2</sup> Las tropas españolas entraron en Tetuán el 6 de febrero de 1860 y el 25 de marzo Leopoldo O'Donnell y Muley-el-Abbas firmaban un tratado de paz en el cual Marruecos debía pagar la cantidad de 20.000.000 duros en concepto de indemnización de guerra a la reina de España, quedando la ciudad de Tetuán y su territorio como garantía. Esa situación se mantuvo hasta el 2 de mayo de 1862 en que, una vez pagada la deuda, el ejército se retiró. Sin embargo el interés español en la zona se mantuvo y Tetuán se convirtió en la capital del protectorado español en Marruecos entre 1912 y 1956.

Alarcón se alistó como voluntario en el 1º Batallón de Cazadores de Ciudad-Rodrigo el 22 de noviembre de 1859 en Madrid. Dos semanas más tarde se embarcó en Málaga con rumbo a Ceuta, integrándose su batallón en el Tercer Cuerpo de Operaciones de África, a las órdenes del Teniente General Antonio Ros de Olano. Su expediente cuenta con la Cruz de María Isabel Luisa, la cual llevaba consigo una pensión de 10 reales mensuales, y con la de San Fernando por su actuación en la batalla de Guad el-Jelú.<sup>3</sup> Durante su estancia en África continuó su labor de cronista, editando en marzo de 1860 el *Eco de Tetuán*, en el que da noticias sobre la ciudad bajo el dominio español.<sup>4</sup>

### **Alarcón, entre la percepción y los prejuicios**

La ideología liberal de Pedro Antonio de Alarcón queda clara al principio del *Diario de un testigo de la guerra de África*, tomando partido por una postura revisionista de la historia de España en lo referente al final de la coexistencia entre cristianos, judíos y musulmanes: “[...] fue el pensar que todos los tesoros que nos llegaron de las Indias

2 Víctor Morales Lezcano, *Africanismo y Orientalismo Español en el siglo XIX*, UNED, Madrid 1989.

3 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Ediciones Irreverentes, Madrid 2005, pp 14-16.

4 Gonzalo Álvarez Chillida, *El Antisemitismo en España, la imagen del judío (1812-2002)*, Marcial Pons, Madrid 2002, p. 127.

y todos los triunfos alcanzados en Italia, en Flandes y en Alemania por Carlos V y Felipe II, de nada sirvieron para impedir que España decayera miserablemente el día que a la expulsión de los judíos sucedió la de los moros”.<sup>5</sup> Esta afirmación hay que entenderla dentro del contexto político que en aquel momento había en España, un momento en el que tenía lugar un debate en el cual los liberales estaban a favor de la libertad de cultos, la cual no se producirá hasta 1868 con la Revolución Gloriosa.

Si bien estas palabras permiten suponer un cierto acercamiento y comprensión hacia los descendientes de los expulsos, sus opiniones son contradictorias, sacando a flote el tradicional antijudaísmo español. Hay que tener en cuenta que el Tribunal de la Inquisición y los expedientes de limpieza de sangre habían dejado de tener vigencia treinta años antes de la guerra de África, y que la división entre cristianos viejos y cristianos nuevos seguía estando presente en la sociedad española. Una de las acusaciones que más se repiten es la del Deicidio. En estas circunstancias Alarcón, al referirse a su criado Jacob, lo hace como “[...] el descendiente de los que crucificaron a Jesús”.<sup>6</sup> Mucho más radicales son sus observaciones sobre los judíos en general. Así, al entrar en Tetuán, en las que los sefardíes dieron la bienvenida a las tropas españolas dice: “¡Cuánta dignidad en el agareno!, ¡Qué miserable abyección en el israelita!”<sup>7</sup>

A la hora de entender las opiniones de Pedro Antonio de Alarcón hay que tener presente que es un voluntario de 26 años y que, aunque ideológicamente sea liberal, gran parte de sus estudios los realizó en el seminario. El siguiente fragmento es un interesante testimonio de un soldado de un ejército de ocupación, con veleidades literarias, al cual piden ayuda los sefardíes marroquíes. Pues bien, Alarcón no sólo se regodea con el sufrimiento de los sefardíes, especialmente ante la belleza de sus mujeres, sino que desconfía del hecho de que no hubieran logrado salvar sus fortunas.

Es indudable que las cabilas han hecho estragos en las más lujosas casas (cuyas puertas están destrozadas, y cuyos muebles y ropas se ven aún revueltos en casas y portales); pero ¿creéis vosotros que los judíos habrían dejado en sitio donde pudieran ser halladas, sus arcas llenas de dinero, sus alhajas y los trajes de gala de sus mujeres, tan suntuosos, que (al decir de ellos mismos) no habían dado

5 Pedro Antonio de Alarcón, *op. cit.*, p. 8.

6 *Ibid.*, p. 459.

7 *Ibid.*, p. 362.

algunas sayas por 20.000 reales, ni algunas tocas por 2.000 duros? ¿Se puede concebir en los hebreos tamaña imprevisión cuando el enemigo llamaba a las puertas de Tetuán y la población morisca se amotinaba en calles y plazas? ¡De ninguna manera!

Sin embargo, desde que entré en la Judería no he dejado de oír las quejas y lamentaciones que nos recibieron por la mañana en el Zoco. Las mujeres, los ancianos, hasta los niños, me cogían de la ropa y me metían en sus casas para que viera “los destrozos causados por los Morios [moros]”...

Yo me dejaba llevar..., no porque dejase de ofenderme aquella estratégica confianza de que me daban muestras a fin de que yo no los robase también... sino por estudiar la raza y la familia israelitas, por enterarme de sus costumbres privadas y (seré completamente franco) por solazarme en la contemplación de sus gentiles talles y de sus lánguidos ojos negros. Es decir, que si yo no era un ladrón de la especie que temían los judíos, lo era de otra no menos grave, bien que a aquellos viles no les doliese, en tal momento el que, mientras ellos me referían sus penas, mi hambrienta mirada piratease cínicamente en la hermosura de sus mujeres y de sus hijas.<sup>8</sup>

Entre la rendición de la ciudad y la entrega a España, bandas de cabileños habían asaltado Tetuán, cebándose en la judería. Antes de la guerra vivían unos 6.000 judíos, lo cual suponía un quinto de la población; muchos de ellos se refugiaron en Gibraltar, Algeciras y otros puertos españoles en previsión a los ataques. Ante una situación así se comprende que los sefardíes de Tetuán vieran en la presencia del ejército español una liberación del saqueo que se estaba produciendo. Pedro Antonio de Alarcón estuvo presente en la toma de la ciudad y narra cómo los generales Ríos y Mckenna llegaron al pie de las murallas encontrándose la puerta cerrada y la zona desierta. Al poco rato apareció una persona que les informó de que el gobernador había huido llevándose consigo las llaves de la ciudad. El general Ríos amenazó con derribar la puerta a cañonazos. Es en ese momento cuando entran en escena los judíos, llegando a tener voz propia en el relato:

Nuestros artilleros llegaban ya con dos cañones y los cargaban con balas rasas. Al mismo tiempo se asomaron algunos judíos por lo alto de las almenas, gritando desaforadamente:

8 *Ibid.*, pp. 383-384.



–¡Entrad pronto! ¡Entrad pronto!... ¡Los moros están penetrando por la otra puerta! ¡Vienen a matarnos!...¡ Viva la reina de España!

Mientras tenían lugar estas conversaciones, algunos soldados del Regimiento de Zaragoza pugnaban por forzar con sus bayonetas y a pedradas la cerradura de la puerta, a lo cual conocieron que les ayudaban de adentro...

–¿Quién anda ahí? –preguntaban nuestros soldados.

–¡Somos judíos! ¡Somos amigos! Respondían algunas voces en español, a través de las ferradas tablas.

Y los golpes de adentro y los de afuera se respondían como ecos. Saltaron, al fin, las cerraduras, y la puerta se abrió de par en par...

Al otro lado no había nadie. Los judíos habían desaparecido llenos de miedo.<sup>9</sup>

Los judíos de Tetuán se presentan como amigos del ejército español vitoreándolo y aclamando a Isabel II: “–¡Bienvenidos!, ¡Viva la reina de España!, ¡Vivan los señores! Gritaban en castellano aquellas gentes; pero con un acento especial, enteramente distinto del de todas nuestras provincias”.<sup>10</sup> De esta manera entran en contacto los descendientes de los expulsos con los españoles a través de dos variantes de la misma lengua. El siguiente fragmento es una prueba de la ambigüedad en el encuentro de dos tipos de “compatriotas”:

Al principio creí que aquellas palabras españolas [las de bienvenida] las habían aprendido ayer para lisonjearnos; pero luego recordé que el castellano es el idioma habitual de todos los judíos establecidos en África, Italia, Alemania y otros países. De cualquier modo, la alegría que siempre causa oír la lengua patria en suelo extranjero, se eclipsaba hoy al reparar en la vileza de las personas extrañas que así se producían... ¡Y, con todo, aquello halagaba nuestro orgullo de españoles y de cristianos, ya que no nos ufanase de momento! ¡Sin duda recordábamos glorias de nuestra raza y supremacías sobre la hebrea, mayores que la toma de Tetuán!

–¡Viva! ¡Viva! –segúan gritando con desentonadas voces aquellas gentes sin patria.<sup>11</sup>

Los sefardíes de Tetuán colaboran con el ejército de ocupación y por lo tanto son ayudados por los militares. Pedro Antonio de Alarcón describe este encuentro

9 *Ibid.*, pp 353-354.

10 *Ibid.*, p. 361.

11 *Ibid.*, p. 362.

emocionado, aflorando su pasado de seminarista. No hay que olvidar que el *Diario de un testigo de la guerra de África* es un texto patriótico, que ensalza los valores de las tropas nacionales y que, en definitiva, estaba destinado a justificar y defender la carrera colonialista española:

Vierais entonces a nuestros oficiales vaciar sus bolsillos; vierais a los judíos pelearse como furias del infierno por arrebatarse las monedas; vierais a los soldados entregar sus fusiles a las mujeres para abrir el morral y repartir todo su pan, toda su galleta, ¡su rancho de dos o tres días!... entre los quejumbrosos hebreos;.. vierais aquella santa y bendita escena, en que los ángeles del cielo debieron de llorar de gozo; en que la caridad cristiana bañó de una alegría divina el semblante de los vencedores; en que los afanados y adustos moros, que en escasísimo número por allí pasaban en virtud de urgentes asuntos, y que aún no se habían dignado mirarnos, levantaron la frente por primera vez y fijaron la vista en nuestras tropas, asombrados de tan noble comportamiento; y en que los judíos, comparando nuestra benignidad, con la inhumana fiereza de los musulmanes, nos abrazaban y besaban, gritando medio sincera, medio interesadamente:

—¡Dios os ha traído! ¡Ya era tiempo! ¡Vivan los españoles! ¡Viva la reina del mundo! ¡Viva el general O'Donnell!...<sup>12</sup>

Como se puede apreciar, la postura que toma Alarcón sobre los sefardíes oscila entre la cercanía y la desconfianza. De hecho, los judíos de Tetuán no acaban de convencer a este soldado y periodista que en gran medida les ve como colaboradores, es decir, un grupo que se ha pasado al enemigo para adquirir una serie de ventajas y que, en el caso de encontrar un aliado mejor, como podrían ser los ingleses de Gibraltar o los franceses de Argelia, no dudaría en traicionar a los españoles.

La personalidad de Alarcón es bastante compleja, lógicamente influenciada por la situación bélica y su juventud, entre el regodeo por ver a los judíos desprovistos de sus riquezas y a sus mujeres humilladas y el hecho de apiadarse ante el sufrimiento de los miembros de una comunidad sefardí. Así pues, este observador oscila entre la cercanía, por el hecho de haber mantenido la cultura española, y el rechazo propio del tradicional antijudaísmo español. En este sentido, los judíos están vistos como un grupo sometido, tanto sus descendientes en la península que habían tenido una integración parcial por la cuestión de los expedientes de pureza de sangre, como

12 *Ibid.*, p. 367.

los que se instalaron en un Marruecos que acababan de colonizar. En este contexto Alarcón nos pinta un retrato textual de lo que se encontraron, donde el elemento musulmán es tan sólo un testigo que pasa altivo sin mirar y la comunidad judía la que se ha llevado la peor parte: personas hambrientas a las que les habían robado todo y dejado en harapos, vírgenes ultrajadas, madres con hijos pequeños, ancianas desnudas y “[...] un viejo rabino que reza los salmos del Antiguo Testamento meciéndose como una caña batida por el aire”[...]<sup>13</sup>

Donde este observador se muestra más benevolente con los judíos es en su vinculación con el Antiguo Testamento, adquiriendo una dimensión mítica al relacionarlos con los protagonistas de las Sagradas Escrituras, eso sí, combinando la admiración con la desconfianza. Pedro Antonio de Alarcón así los describe a sus lectores españoles: “Figuraos venerables cabezas de ancianos israelitas, verdaderas cabezas de patriarcas, llenas de una majestad en que no se descubre la vileza de los pensamientos; rostros de mujeres, envueltos en cándidas tocas, como nos pintan a las Dalilas, Rebecas y Saras”[...]<sup>14</sup>

Poco después de la toma de la ciudad, Alarcón se hace eco de las relaciones entre los soldados y las sefardíes utilizando como lengua de comunicación el español: “Por ejemplo, era graciosísimo oír a algunos soldados nuestros plantados en medio de la calle, hablar con tal o cual judía, asomada a la azotea de su casa. Las descendientes de Caifás estaban más honestas que ayer, ora por haber desechado el temor de que les robemos sus ropas y alhajas, ora en obediencia de órdenes terminantes de nuestro general en jefe”.<sup>15</sup> La referencia a Caifás, aquel que llevó a cabo el proceso de Jesucristo que terminó en la Cruz, es otra referencia al Deicidio, el cual se alza de manera omnipresente en las historias de amor entre los soldados y las judías, cuyas diferencias religiosas se marcan a través de comentarios del tipo “mi ley no me lo permite”<sup>16</sup>, “mi religión me manda aborrecerte”<sup>17</sup>, etc. Todo ello influenciado por un romanticismo literario, fruto de las lecturas de Pedro Antonio de Alarcón como él mismo lo confiesa: “Las mismas o muy semejantes palabras había yo leído en el *Gonzalo de Córdoba* de Florián, en *Matilde o las Cruzadas*, en Chateaubriand, en

13 *Ibid.*, p. 365.

14 *Ibid.*, p. 365.

15 *Ibid.*, p. 414.

16 *Ibid.*

17 *Ibid.*

Lord Byron, en Calderón, en Zorrilla... ¡Oh! ¡Cuántos dramas y novelas, cuántos poemas y romances he visto realizados, animados, vivos, desde que pisé esta tierra de África!...”<sup>18</sup> No hay que olvidar que el romanticismo español es de carácter sentimental y abunda la ambientación en épocas medievales, con amores contrariados por la diferencia de credos. Si bien Alarcón no militó en las filas del romanticismo, se formó cuando estaba en plena vigencia. Como antes expuse, es un autor realista, de ahí su interés en describir lo que estaba viviendo en la guerra de África, tanto el escenario como los actores.

El *Diario de un testigo de la guerra de África* es una obra narrada en primera persona con un autor interno a la acción que pretende dar testimonio de lo que está sucediendo. Se trata de una obra literaria dotada de personajes históricos como el propio protagonista, los generales Juan Prim o Antonio Ros de Olano o el jefe de Gobierno entre 1858 y 1862, Leopoldo O'Donnell, cuyos éxitos en Marruecos le afianzaron en el poder. En este tipo de textos, los personajes secundarios apenas tienen importancia en la acción, acaparada por el narrador que describe lo que percibe, en este caso la guerra y conquista de Tetuán. Sin embargo, merece la pena destacar la presencia en el texto de varios judíos con nombre propio, algunos con voz propia en el relato, que añaden sus opiniones a la omnipresente voz del narrador.

Pedro Antonio de Alarcón se sirvió de un guía durante su estancia en Tetuán. De esta manera la figura de un sefardí se convierte en mediadora entre el soldado y la ciudad. Si bien en un principio se refiere a él como su cicerone judío, pocas líneas más tarde lo hace como “el vil judío” hasta por fin revelar su nombre, Jacob, añadiendo el siguiente comentario: “¡Qué grandes nombres para tan pequeños seres!”<sup>19</sup> Pues bien, Jacob acompañó a Alarcón entre el 6 de febrero y el 4 de marzo, sirviéndole de guía y traductor. Al final de la historia figura como su criado.

Lo cierto es que hay varios personajes judíos que tienen una cierta importancia en la obra, siempre haciendo de mediadores entre la realidad marroquí y la española, a la que también pertenecen. El mismo día en que las tropas españolas entraron en Tetuán, Alarcón se alojó en casa de un tal Abraham, gracias a la mediación de un amigo común, mientras se habilitaba una fonda en el zoco. Abraham vivía con su mujer en una de las mejores casas de la judería, adornada medio a la oriental, es decir, con alfombras y cojines, y, medio a la inglesa, por los muebles que adquirían

18 *Ibid.*

19 *Ibid.*, p. 382.

en Gibraltar. En esa primera noche se acuerda de su madre, de las medallas que le dio antes de que lo movilizaran, las cuales besa con devoción y acaba el capítulo con la siguiente reflexión: “¿Significará todo eso que la guerra me ha hecho neocatólico? ¡Nada me importa lo que digan de mí, con tal de que se crea en la sinceridad de estas emociones!”<sup>20</sup>

Al día siguiente sometió a su anfitrión a un interrogatorio sobre la situación de la ciudad, encontrándose palabras de afecto y agradecimiento: “-¡Pues, señor, me has dado un gran almuerzo! –exclamé, saboreando un rico chocolate, como no lo había tomado hace mucho tiempo. En verdad te digo, mi querido Abraham, que no esperaba encontrar tan bien provista tu despensa”...<sup>21</sup> La explicación que da Abraham es que su casa se había salvado del pillaje gracias a las influencias de los comerciantes ingleses. A partir de este momento este personaje cuenta el asedio y la guerra al soldado español. Comienza con las posturas de Francia y Gran Bretaña, la cuestión de Ceuta y Melilla, y el sueño de reconquistar Granada, Córdoba, Toledo y Sevilla, atravesando el estrecho a bordo de naves inglesas. Posteriormente la voz de Abraham toma protagonismo propio en el texto, narrando los acontecimientos sucedidos en los seis meses anteriores a la ocupación, la muerte del Sultán Abderramán, la sucesión de su hijo, el enemigo de los cristianos Sidi Mohamed y la prohibición a los judíos de abandonar la plaza, al considerarlos afectos a España. Esta situación se agravó con la llegada de Muley-el-Abbas, a la cabeza de las tropas marroquíes, el 22 de diciembre, recibido como un príncipe imperial, un día en que los judíos tuvieron que recluirse en sus casas. Termina su relato con la llegada de las tropas de refuerzos, los heridos, el aprovisionamiento de víveres y la retirada de las tropas marroquíes dejando a los cabileños atacar la judería.<sup>22</sup> En este momento Alarcón da por terminada la conversación: “-Sé lo demás... (le dije al hebreo interrumpiéndole). Hemos concluido por hoy, amigo Abraham. Mañana podrás contarme las desventuras particulares de los judíos. Y me despedí de él políticamente”.<sup>23</sup> Como se puede apreciar, Alarcón no prescinde de la desconfianza pero da por válida la información de Abraham.

La única familia judía retratada en el *Diario de un testigo de la guerra de África* es la de Moisés, “[...] hombre de unos cuarenta años, grueso, limpio, hermoso, cuanto

20 *Ibid.*, p. 390.

21 *Ibid.*, p. 391.

22 *Ibid.*, pp. 394-412.

23 *Ibid.*, p. 412.

puede serlo un israelita, y de modales sumamente corteses”.<sup>24</sup> Aunque su casa había sido saqueada y la puerta abierta a hachazos, el patio porticado, las fuentes y el artesonado se mantenían intactos. Dentro de la sala, la familia de Moisés, compuesta de sus padres, suegros, esposa, hijos, yernos y nietos, le dieron la bienvenida con el consiguiente ¡Viva la reina de España!, y la mujer de Moisés le contó el saqueo que habían sufrido la víspera. Alarcón, en lugar de escucharla, se dedicó a la observación de las personas para transmitir un fiel retrato textual a sus lectores, recreándose en la indumentaria de los sefardíes y en la belleza de sus mujeres:

La señora de Moisés frisaría en los treinta y ocho años; habría sido bella, pero hallándose ya marchita al modo de las flores que crecen en parajes húmedos. Sus ojos mustios y carnes deslavazadas revelaban una existencia pasada a la sombra, en aquel patio, mojado continuamente. Como todas las hebreas casadas, llevaba sobre el pelo una especie de peluca de seda negra, que caía en pabellón muy alisado por los dos lados de su cara. Larga toca celeste rodeaba su cabeza, luego su cuello, y, por último, su cintura. Vestía una saya morada muy angosta y un corpiño encarnado que dejaba descubrir sus brazos, sus hombros y casi todo su ajado seno. Estaba descalza de pie y pierna, como sus cuatro hijas, y, como las situadas, hallábase sentada sobre una alfombra, que habría sido de gran precio cuando nueva.

Los hombres vestían pantalones, o, mejor decir, calzoncillos blancos. Tampoco llevaban medias; pero siquiera calzaban babuchas rojas o amarillas. Dos túnicas cubrían su cuerpo: la de debajo blanca, muy bordada y cerrada por el pecho, y la de encima de merino castaño, o pajizo, abierta por delante y recamada de labores de seda negra, como los dormanes andaluces. Estas dos túnicas les llegarían poco más debajo de la rodilla, y las llevaban ceñidas a la cintura con fajas de vivos colores. Los ancianos (los padres de los amos de la casa) se diferenciaban de los demás en que usaban medias de hilo blanco, zapatos de cordobán negro y una tercera túnica suelta con grandes mangas perdidas y más larga que las de los otros. Los niños vestían exactamente lo mismo que sus padres...

Pero hablemos ya de las hijas de Moisés.

Como ya he dicho, eran cuatro. La mayor tenía veinte años, y la menor once. Las dos de en medio eran casadas, y, por tanto, ocultaban cuidadosamente sus cabellos bajo una peluca de seda como la de la madre.

24 *Ibid.*, p. 384.

La mayor de las casadas dormía a un pequeñuelo, hijo suyo, cantándole con voz dulcísima no sé qué estribillo monótono que se parecía a nuestra caña. Era alta, fuerte y bella como una Judith. Vestía saya y chal de paro negro con bordados de seda azul, y cubría su cabeza con toca de la misma tela, por el estilo de las que usaban nuestras damas del siglo XV.

Sus facciones eran más perfectas que lindas, más esculturales que seductoras.

La otra casada, pequeña y gruesa, no llamaba la atención sino por sus grandes y expresivos ojos, negros y lucientes como el azabache, y que contrastaban con el quebrado y plácido color de sus mejillas; ojos, en fin, voluptuosísimos, llenos de recuerdos y de promesas de placer.

La mayor era la más fea; pero, en cambio, tenía unos hombros, unos brazos, unas caderas y unas piernas de tan clásicos y opulentos contornos, que los griegos la hubieran tomado por modelo de Juno. En cuanto a la menor eclipsaba completamente a sus hermanas. Ya había dejado de ser una niña, aunque, según he dicho, sólo tenía once años. Los delgados miembros, hartos a la vista, empezaban a redondearse. Su virgíneo seno brotaba ya al impulso de la pubertad y una melancólica dulzura mitigaba la viva luz de sus ojos. Llamábase Lía. Hallábase de rodillas, trasteando en el fondo de un cofre muy grande y antiguo, claveteado con innumerables tachuelas de metal. Vestía solamente una angostísima chilaba de color rosa, sumamente limpia. Conocíase que la usaba hacía tiempo, pues se la había quedado muy corta, y el pobre jubón había tenido que estallar por todas las costuras, cediendo al impulso de las gracias primaverales de la joven que ya se mostraban por todos lados.<sup>25</sup>

Alarcón continúa varios párrafos más describiendo la figura y los encantos de Lía para completarlo con un comentario que encaja a la perfección en el romanticismo literario español: “Si me he complacido demasiado en su descripción, tened en cuenta mi empecatada edad y que llevaba ya mucho tiempo de no ver más que feroces guerreros, cadáveres y heridos, enfermos y moribundos. ¡Mi alma estaba, pues, sedienta de emociones dulces suaves, y nada más dulce y suave que Lía, en quien se juntan todos los encantos de la debilidad, pues que a un propio tiempo tiene mucho de mujer, de niña, de pájaro y de flor!”<sup>26</sup>

25 *Ibid.*, pp 385-387.

26 *Ibid.*, p. 388.

Lía no es el único personaje femenino que impresiona al soldado español. La bella Tano, una joven casada con Saúl, un anciano de sesenta años comerciante de joyas y madre de dos hijos y de la que dice que es bellísima, admirable y encantadora.<sup>27</sup> Algo similar sucede con una vecina musulmana a la que cortejó lanzándole confites a su terrado. Si bien la mora aceptó los dulces con muestras de agradecimiento, el romance no prosperó. Una vez más, las diferencias culturales se imponen y Alarcón se retiró de la escena con los siguientes pensamientos en los que se puede ver una pugna entre su corazón y su mentalidad antisemita: “¡Pues he aquí por que no me he enamorado de ella! Pásame con esta mujer lo mismo que con la judía Tano: que me parece un animal más o menos bello; pero en modo alguno una criatura humana digna del culto de mi espíritu. Por lo demás, ni las moras ni las judías son responsables de la indignidad de su existencia y de su alma, sino los legisladores de la raza semítica”.<sup>28</sup>

La religión judía y sus prácticas aparecen en una ocasión en el *Diario de un testigo de la guerra de África*. Alarcón visitó una sinagoga durante las ceremonias religiosas del *Shabat*. Allí se sorprendió ante el hecho de que estuviera permitido el acceso a musulmanes y católicos y describió lo que veía, sabiendo que este tipo de información iba a ser de gran interés para sus lectores: “Los hombres solos, digo, de pie unas veces y otras en bancos de tosca madera, pero siempre meciéndose de atrás para adelante, leen o cantan los salmos, durante muchas horas, mientras que el sacerdote, subido en una especie de cátedra, dirige la ceremonia con la faz vuelta al Oriente”.<sup>29</sup> En esta ocasión, Alarcón evita dar juicios de valor: “El sábado judío se celebra también con varias abstinencias: verbigracia, los israelitas no pueden trabajar este día, ni encender lumbre, ni comer cosas caliente, ni tocar dinero, ni pasar por puertas de ciudad, ni hacer otro tipo de operaciones que son lícitas el resto de la semana”.<sup>30</sup> Posteriormente Alarcón fue invitado a una casa donde entró en contacto con los sefardíes más adinerados. Allí, este observador se siente fascinado tanto por la belleza de las sefardíes como por sus joyas. Lo cierto es que los sefardíes tienen un componente mítico, tanto por las riquezas como por ser descendientes de los profetas del Antiguo Testamento. La siguiente cita es bastante ilustrativa de todo esto:

27 *Ibid.*, p. 439.

28 *Ibid.*, pp 503-504.

29 *Ibid.*, p. 437.

30 *Ibid.*, p. 438.



La aristocracia tetuaní del bello sexo del antiguo pueblo elegido hallábase reunida en casa de un tal Benjamín, sabio centenario parecido a Matusalén. Aquellas nobles damas lucían magníficas sayas recamadas de oro y plata, que les daban cierto aire salomónico o pontifical; encajes finísimos (bordados asimismo de oro y menudas piedras preciosas), que encubrían mal sus gargantas y su levantado seno; chapines de terciopelo, no menos recargados del metal precioso; brazaletes; cinturones; sortijas por decenas; centenares, en fin, de valiosas joyas...;Y eso que todo se lo habían robado los Morios [moros]!<sup>31</sup>

## **Conclusión**

Los sefardíes de Tetuán en la obra de Alarcón hay que entenderlos en su contexto, la guerra de 1860. Son una parte de la población de Marruecos de origen español, con relaciones comerciales con los ingleses establecidos en Gibraltar y que sufren el ataque de los cabileños. En estas circunstancias, al abrir la puerta de la ciudad se convierten en colaboradores e intermediarios con el ejército de ocupación. Alarcón, por su parte, un joven e inexperto soldado andaluz, antiguo seminarista, liberal pero neocatólico y antisemita en muchos de sus comentarios sobre los judíos y los musulmanes, oscila entre la cercanía por el hecho de haber preservado la lengua e identidad española y la tradicional desconfianza de los españoles por los judíos. Pedro Antonio de Alarcón siente también admiración por los judíos por su relación con la Biblia, la belleza de sus mujeres y sus riquezas. *Diario de un testigo de la guerra de África* es un texto que no pertenece a la ficción, sino documental, pero representativo del realismo literario español en la descripción de tipos y costumbres, la guerra o las prácticas religiosas, con una cierta influencia del romanticismo en el tratamiento de los amores truncados por las diferencias religiosas entre los soldados y las judías o moras.

31 *Ibid.*